

R. 77545

VIDA

DEL

LAZARILLO DE TORMES.

POR

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.



Prólogo del autor á un amigo suyo.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podría ser que alguno que las lea hallase algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto los deleite; y á este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debria romper, ni echar á mal, si muy detestablemente no lo fuese, sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algun fruto; porque si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, si hay de qué, se las alaben, y á este propósito dice Tulio: la hora cria las artes. ¿Quién piensa que el soldado que es primero del escudo, tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto, mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el Presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced si le pesa cuando lo dicen: ¡oh qué maravillosamente lo ha hecho vuestra Reverencia! Justo muy ruinmente el señor D. Fulano, y dió el saquete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas, ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va de esta manera; que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte, y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuesa merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuesa merced escribe, se le escriba y relate el caso muy por extenso; parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados, cuán poco se les debe; pues fortuna fué con ellos parcial, y cuánto mas hicieron los que siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

CUENTA LÁZARO SU LINAJE Y NACIMIENTO.

Pues sepa vuesa merced ante todas cosas, que á mi me llama-

ban Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antoña Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio de Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué de esta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenia á cargo de proveer una molinenda de una aceña que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero mas de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóla el parto y parióme allí, de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venian, por lo cual fué preso, y confesó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios que está en la gloria. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué; y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno de ellos, y vino á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena. De manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de dia llegaba á la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas desque ví que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y el invierno leños, á que nos calentábamos. De manera, que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme de él un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á callar. Y acuérdomme que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veía á mi madre y á mí blancos, y á él no, huía de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo, decía: mamá, coco!

Y él respondió riendo: Oh hi de puta ruin! Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, porque no se ven á sí mismos. Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zaide, que así se llamaba, llegó á oídos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

O-CONNOR

VIDA

DEL

LAZARILLO DE TORMES.

POR

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.



Prólogo del autor á un amigo suyo.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podría ser que alguno que las lea hallase algo que le agrade, y á los que no abundaren tanto los deleite; y á este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debria romper, ni echar á mal, si muy detestablemente no lo fuese, sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algun fruto; porque si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, si hay de qué, se las alaben, y á este propósito dice Tulio: la honra cria las artes. ¿Quién piensa que el soldado que es primero del escalo, tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto, mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el Presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced si le pesa cuando lo dicen: ¡oh qué maravillosamente lo ha hecho vuestra Reverencia! Justó muy ruinmente el señor D. Fulano, y dió el sayete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas, ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va de esta manera; que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte, y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuesa merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuesa merced escribe, se le escriba y relate el caso muy por estenso; parecióme no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados, cuán poco se les debe; pues fortuna fué con ellos parcial, y cuánto mas hicieron los que siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

CUENTA LÁZARO SU LINAJE Y NACIMIENTO.

Pues sepa vuesa merced ante todas cosas, que á mí me llama-

ban Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antoña Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio de Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué de esta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenía á cargo de proveer una molinda de una aceña que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero mas de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóla el parto y parióme allí, de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á molar venian, por lo cual fué preso, y confesó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios que está en la gloria. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué; y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno de ellos, y vino á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena. De manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de dia llegaba á la puerta, en achague de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada pesábame con él y hablábale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas desde que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y el invierno leños, á que nos calentábamos. De manera, que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme de él un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á callar. Y acuérdomme que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozueto, como el niño veía á mi madre y á mí blancos, y á él no, huía de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo, decía: mamá, coco!

Y él respondió riendo: Oh hi de puta ruin! Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, porque no se ven á sí mismos. Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zaide, que así se llamaba, llegó á oídos del mayordomo, y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y

las sábanas de los caballos hacia perdidas, y cuando otra cosa no podía, las bestias desherraba, y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico; y probósele cuanto digo, y aun mas, porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondía, y descubría cuanto sabia con miedo, hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zaide en la suya acogiese. Por no echar la sogá tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia, y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivían en el meson de la Solana; y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar. Ya yo era buen mozueto, que iba á los huéspedes por vino y candelas, y por lo demás que me mandaban.

ASIENTO DE LÁZARO CON EL CIEGO.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, el cual pareciéndole que yo sería para adiestrarle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fé habia muerto en la de los gelves, y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien, y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió que así lo haria, y que me recibia, no por mozo, sino por hijo. Y así yo comencé á servir, y á adiestrar á mi nuevo y viejo amo: como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui á ver á mi madre, y ambos llorando, me dió su bendicion, y dijo: Hijo, ya sé que no te veré mas! procura de ser bueno, y Dios te guie; criado te he, y con buen amo te he puesto, válete para tí; y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo: Lázaro, llega el oído á este toro y oírás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada, y díjome: Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber mas que el diablo, y rió mucho de la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba, y dije entre mí: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo, y avisar, pues soy solo, y pensar cómo me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró zerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decía: Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir, muchos te mostraré; y fué así, que despues de Dios este me dió la vida; y siendo ciego me alumbró y adiestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuesa merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir, siendo bajos; y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio. Pues tornando al bueno de mi ciego, y contando sus cosas, vuesa merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz; en su oficio era una águila; ciento y tantas oraciones sabia de coro, un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero; decía saber oraciones para muchos, y diversos efectos; para las mugeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien; echaba pronósticos á las preñadas, si traían hijo ó hija.

Pues en caso de medicina, Galeno no supo la mitad que él, para muelas, desmayos, males de madre; finalmente, nadie le decía padecer alguna pasion, que luego no le decía: haced esto, hareis estotro, coged tal yerba, tomad tal raíz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mugeres, que cuanto les decía creían: de estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes, que cien ciegos en un año. Mas tambien quiero que sepa vuesa merced que con todo lo que adquiria y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto, que me mataba á mí de hambre, y á sí no se remediaba de lo necesario. Digo verdad, si con mi fortaleza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso, le contraminaba de tal suerte, que siempre, ó las mas veces, me cabía lo mas y mejor. Para esto le hacia burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mí salvo. El traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo que por la boca se cerraba con una argolla de hierro, y su candado y llave, y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia, y tan por contadoro, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja: mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Despues que cerraba el candado, y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas ve-

ces del un lado del fardel descosía, y tornaba á coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa, pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza, y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la claza, sino la endiablada falta, que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas, y cuando le mandaban rezar, y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca, y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mí cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiempo luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía: ¿Qué diablos es esto que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas? y de antes una blanca, y un maravedí hartas veces me pagaban; en tí debe de estar esta desdicha. Tambien él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacia. Luego él tornaba á dar voces, diciendo: manden rezar tal y tal oracion, como suelen decir. Usaba poner cabe de sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asia, y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido: mas no habia piedra iman que trajese á sí el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traider tan astuto, pienso que me sintió, y desde en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atápábale con la mano, y así bebía seguro. Yo como estaba hecho al vino, moria por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbré que teníamos, y al calor de ella luego era derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba á beber, no hallaba nada; espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No direis, tio, que os lo bebo yo, decía, pues no lo quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente, y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y luego otro dia, teniendo yo rezumado mi jarro como solía, no pensando en el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solía; estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mi venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose (como digo) con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes como otras veces estaba descuidado y gozoso verdaderamente, me pareció que el cielo con todo lo que en él hay, me habia caido encima.

Fué tal el golpe, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndome por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas, que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose decía: ¿Qué te parece, Lázaro? lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires, que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales, el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto por hacerlo mas á mí salvo y provecho, aunque yo quisiera asentar mi corazon, y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacia, que sin causa ni razon me heria, dándome coscorrones, y repelándome. Y si alguno le decía, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿Pensais que este mi mozo es algun inocente? Pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que lo oían, decían: Mirad quien pensar de un muchacho tan pequeño tal ruindad; y reían mucho el artificio, y decíanle: Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habreis, y él con aquello nunca otra cosa hacia. Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede por le hacer mal y daño, si habia piedras, por ellas, si lodo por lo mas alto, que aunque yo no iba por lo mas enjuto, me holgaba mucho de quebrarme á mí un ojo por quebrarlos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del ciento me tentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolodrones, y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba, ni me creía; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traider. Y porque vea vuesa merced á cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acacieron, en el cual me pareció dió bien á entender su gran astucia. Cuando sali-

mos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refrán: Mas da el duro que el desnudo, y venimos á este camino por los mejores lugares, dó hallaba buena acogida y ganancia; detenímonos, donde no, á tercer día hacíamos San Juan. Acacé que llegando á un lugar que llaman Almoróz, al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna, y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquél tiempo está muy madura, desgranábase el racimo en la mano; para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no poderlo llevar, como por contentarme, que aquel día me habia dado muchos rodillazos y golpes, sentámonos en un valladar, y dijo: Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo; partillo hemos de esta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal de que me prometas no tomar cada vez mas de una uva; yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño: hecho así el concierto, comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debria hacer lo mismo; como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él, mas aun pasaba adelante dos á dos, y tres á tres, y como podia las comia. Acabado el racimo, estubo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañado me has, juraré yo que has comido las uvas tres á tres. No comí, dije yo, ¿mas por qué sospechas eso? Respondió el graciosísimo ciego: ¿Sabes en qué veo que las comiste tres á tres? En que comia yo dos á dos y callabas. Reime entre mí, y (aunque muchacho) noté mucho la discreta consideración del ciego: mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así gracias, como de notar, que con este mi primer amo me acacieron, y quiero decir el despidiente, y con él acabar.

Estábamos en Escalona (villa del duque de ella) en un meson, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Y ya que la longaniza habia pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladrón, y fué, que habia cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal, que por no ser para la olla, debió ser echado de allí; y como al presente nadie estuviere sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentera el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabia que habia de gozar, no mirando qué me podria suceder, pospuesto todo temor, por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por su deméritos habia escapado. Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine, hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no habia conocido, por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo; alteróse y dijo: ¿Qué es esto, Lazarillo? Lacerado de mí, dije yo, si quereis achacarme algo. Yo ¿no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí, y por burla haria eso. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano, no es posible. Yo torné á jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio, mas poco me aproveché, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asíome por la cabeza, y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo, á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asíandome con las manos, abríome la boca mas de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cual tenia larga y afilada, y á aquella sazón con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico del cual me llegó al galliño. Con esto, y con el gran miedo que tenia, y con la brevedad del tiempo, que la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago, y lo mas principal, con el destierro de la cumplidísima nariz, medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron, y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuere vuelto á su dueño; de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! quién estuviera á aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba. Fué tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenia, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta; y esto bien lo merecía, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se llegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y ahora de lo presente: era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba á ver la fiesta, mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecia que le hacia injusticia en no se las

reir. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecia, y fué no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado: con solo apretar los dientes se me quedarán en casa, y ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que tuvo la longaniza, y no pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que eso me fuera así que así. Hicieronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le habia traído laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: Por verdad mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres mas encargo al vino, que á tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida; y luego contaba cuántas veces me habia descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo (dijo) que si hombre en el mundo ha de ser bien afortunado con vino, que serás tú; y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba.

Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, que despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debia tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel día me dijo, salirme tan verdadero, como adelante vuesa merced oirá. Visto esto, y las malas burlas con que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejarle, y como lo tenia pensado, y lo tenia en voluntad, con este po-trer juego que me hizo, afirmélo mas, y fué así, que luego otro día salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche antes; y porque el día tambien llovia, andaba rezando debajo de unos portales, que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos; mas como la noche se venia, y el llover no cesaba, díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche mas cerraba, mas recia; acójámonos á la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dije: tío, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde atravesemos mas aina, sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pié enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: Discreto eres; por eso te quiero bien; llévame á ese lugar, donde el arroyo se desangosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los piés mojados. Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debajo de los portales, y llevélo derecho de un pilar ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual, y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele: tío, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovia, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua que encima nos caía, y lo mas principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento por darme de él venganza, creyóse de mí, y dijo: Ponme bien derecho, y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto, y póngome detrás del poste como quien espera tope de toro, y díjele: sus, saltad todo lo que podais, porque deis de este cabo del agua. Aun apenas lo habia acabado de decir cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una calabaza, y cayó luego para tras medio muerto y hendida la cabeza. ¿Cómo olistes la longaniza, y no el poste? Huele, huele, le dije yo, y dejéle en poder de mucha gente que lo habia ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los piés de un trote, y antes que la noche viniese dí conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios hizo de él, ni procuré de saberlo.

CÓMO LÁZARO ASENTÓ CON UN CLÉRIGO.

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó si sabia ayudar á misa. Yo dije que sí, como era verdad, que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró. El pecador del ciego, y una de ellas fué esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo, escapé del trueno y dí en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado; no digo mas, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en este. El tenia una arca vieja y cerrada con su llave, la cual traía atada con una agujeta del paletoque, y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornada á cerrar el arca; y en toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras, algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla, ó en el armario algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece á mí que aunque de ello no me aprovechara, con la vista de ello me consolará. Solamente habia una horca de cebollas, y tras llave, en una cámara en lo alto de la casa; de estas tenia yo de ración una para cada cuatro días, y cuando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al balsopeto, y con gran contención la desataba y me la daba, diciendo: Toma, y vuélvela luego, y no hagais sino golosmear: como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia. Con no haber en la dicha cámara (como dije)

maldita otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenia tambien por cuenta, que si por malos de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro. Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues ya que conmigo tenia poca caridad ¿consigo usaba mas? Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar; verdad es que partía conmigo del caldo, que de la carne tan blanco el ojo, sino un poco de pan, y plugiera á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una, que costaba tres maravedis: aquella la cocia y comia los ojos, y la lengua y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenia, y dábame todos los huesos roídos, y dábamelos en el plato, diciendo: Toma, come, triunfa, que para tí es el mundo; mejor vida tienes que el papa. Tal te la dé Dios, decia yo paso entre mí. Al cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza, que no me podia tener en las piernas de pura hambre: vime claramente ir á la sepultura, si Dios y mi saber no me remediarian; para usar de mis mañas no tenia aparejo, por no tener en que darle salto, y aunque algo hubiera, no pudieraregarle, como hacia al que Dios perdona, si de aquella calabazada feneció, que todavía aunque astuto, con faltarle aquel preciado sentido no me sentia; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenia: cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía, que no era de él registrada, el un ojo tenia en la gente y el otro en mis manos; bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue; cuantas blancas ofrecian tenia por cuenta, y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta, y la ponía sobre el altar: no era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda habia metido en su arca, compasaba de tal forma, que le duraba toda la semana, y por ocultar su gran mezquindad, decíame: Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros; mas el lacerado menta falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezabamos, á costa ajena comia como lobo, y bebía mas que un saludador. Y porque dije mortuorios, Dios me perdona, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces, y esto era porque comíamos bien, y me hartaba, deseaba y aun rogaba á Dios que cada día matase el suyo.

Y cuando dabamos Sacramento á los enfermos, especialmente la Estrema-Uncción, como manda el clérigo rezar á los que estaban allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le levase de este mundo, y cuando algunos de estos escapaba, Dios me lo perdona, que mil veces le daba al diablo, y el que se moria, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas, porque en todo el tiempo que allí estuve, que serian casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y estas bien creo que las mató yo, ó por mejor decir, murieron á mi recuesta; porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos, por darme á mí vida; mas de lo que al presente padece remedio no hallaba; que si el día que enterráramos yo vivia, los días que no habia muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mí cotidiana hambre, mas lo sentia. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces, mas no la veia, aunque estaba siempre en mí. Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera, por no me atrever á mis piernas, por temor de la flaqueza, que de pura hambre me caía; y la otra, consideraba y decia: yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si de este desisto, y doy en otro mas bajo, ¿qué será sino fenecer? Con esto no me osaba menear, porque tenia por fé que todos los grados habia de hallar mas ruines; y á bajar otro punto, no sonara Lázaro, ni se overa en el mundo. Pues estando en tal aflicción, cual plega al Señor librar de ella á todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegóse acaso á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por mano de Dios en aquel hábito; preguntóme si tenia algo que adobar. En mí teniades bien que hacer, y no haríades poco si me remediádes, dije paso, que no me oyó: mas como no era tiempo de gastarlo en gracias, alumbreado no sé por quién, le dije: tío, una llave de esta arca he perdido, y temo que mi señor me azote; por vuestra vida veais si en esas que traéis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traía, y yo ayudarle con mis flacas oraciones: cuando no me cato, veo cantidad de panes dentro del arca, y abierto, díjele: yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago. El tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y dándome mi llave, se fué muy contento, dejándome mas á mí; mas no toqué en nada al presente porque no fuese la falta sentida, y aun porque me ví de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios que no miró en la obla-da, que el ángel habia llevado. Yo otro día en saliendo de casa, abro

mi paraiso panal, y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta, y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio, remediar donde en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso: mas no estaba en dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero día me vino la tercierna derecha, y fué, que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestra arca, volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias decia: San Juan, y ciégale. Despues que estubo un gran rato echando la cuenta por días y dedos contando, dijo: Si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habian tomado de ella panes; pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos: nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios (dije yo entre mí); parecióme con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero; y comenzóme el estómago á escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, y yo por consolarme abro el arca, y como ví el pan, comencé de adorar, no osando recibirlo. Contélos, si á dicha el lacerado se erraba, y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer, fué dar en ellos mil besos, y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco, al pelo que él estaba, y con aquel pasó aquel día, no tan alegre como el pasado: mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á mas pan, aquellos dos ó tres días ya dichos moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacia en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arca, y contemplar en aquella cara de Dios (que así dicen los niños); mas el mismo Dios, que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trajo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije: este arqueton es viejo, grande y roto, y por algunas partes con algunos pequeños agujeros puede pensarse que ratones, entrando en él, hacen daño á este pan: sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir: esto bien se sufre, y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno, y dejo otro, de manera que en cada cual, de tres ó cuatro desmigajé su poco: despues, como quien toma grajea, lo comí, y algo me consolé: mas él como viniese á comer, y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer.

Mira todo el arca de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado; llamóme, diciendo: Lázaro, mira qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo hiceme muy maravillado, preguntándole qué sería. Qué ha de ser, dijo él, ratones que no dejan cosa á vida. Pusímonos á comer, y quiso Dios, que aun en esto me fué bien, que me cupo mas pan, que la laceria que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensé ser ratonado, diciendo: Cómete eso, que el raton cosa limpia es. Y así aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, ú de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba, y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito, quitando clavos de paredes, y buscando tabillitas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡Oh señor mio, dije yo entonces, á cuánta miseria y fortuna, y desastres estamos puestos los nacidos, y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Héme aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto qué alegre, y de buena ventura; mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo, y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo se tenia; pues los míseros por la mayor parte, nunca de aquella carecen, sino que ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo, y la abriese á mis trabajos. Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tabillitas dió fin á su obra, diciendo: Ahora de unos traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala madera teneis. De que salio de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero, ni aun por donde le pudiese entrar un mosquito: abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y ví los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y de ellos todavía saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente á uso de esgrimidor diestro, como la necesidad sea tan gran maestra: viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que tendria el sustentar el vivir, y pienso para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se aviva, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podria valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar, y en unos resoplidos grandes que habia cuando estaba durmiendo; levantéme muy quieto, y habiendo en el día pensado lo que habia de hacer, y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba, en parte de lo hallase, voime al triste arca, y por donde habia mirado tener menos defensa, le acometí con el cuchillo, que á manera de barre-no de él usé, y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la

hallase sin fuerza y corazon, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la lagada arca, y al tiempo del pan que hallé partido, lice (según de suyo está escrito), y con aquello algún tanto consolado, tornando á cerrar, me volví á mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacia mal, y echábalo al no comer, y así sería, porque cierto en aquel tiempo me debían de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y decir: ¿Qué diremos á esto? Nunca haber sentido ratones en esta casa sino ahora; y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquella de razon habia de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y con tablillas á tapar los agujeros. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día, destapaba yo de noche. En tal manera fué, y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: Donde una puerta se cierra otra se abre; finalmente, parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche, y en pocos días y noches pusimos la pobre despensa, despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, mas corazas viejas de otro tiempo, que no arca la llamara, según la clavazon y tachuelas sobre sí tenia. De que vió no le aprovechar nada su remedio, dijo: Este arca está tan mal tratada, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón á quien se defienda, y va ya tal, que si andamos mas con él nos dejará sin guarda; y aun lo peor, que aunque hace poco, todavía hará falta faltando, y no me pondrá esta en costa tres ó cuatro reales. El mejor remedio que halló, pues él de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos; luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso, que á los vecinos pedía, continuo el gato estaba armado dentro del arca, lo cual era para mí singular auxilio; porque puesto caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comía, dábale al diablo, preguntaba á los vecinos qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el raton, y hallar caída la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacia, porque no fuera menos de haber caído alguna vez; díjole un vecino: En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y esta debe de ser sin duda, y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórñase á salir. Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo, y dende en adelante no dormia tan á sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca, y luego era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mí no dejaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas, y á mí con ellas, pensando que la culebra se iba para mí, y se envolvía en mis pajas ó en mi sayo, porque lo decian que de noche acaecía á estos animales, buscando calor, ir á las cunas donde estan las criaturas, y aun morderlas y hacerles peligrar. Yo las mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: Esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frias, y buscan calor.

Plega á Dios que no me muerda (decía yo), que haría miedo la tengo. De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que mi fe, la culebra ó el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche, ni levantarse al arca; mas de día, mientras estaba en la iglesia, ó por el lugar, hacia mis saltos. Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trago; yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave, que debajo de las pajas tenia, y parecióme lo mas seguro meterla de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego, la tenia tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce ó quince maravedís, todos en medias blancas, sin que me estorbases el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy á menudo. Pues así, como digo, metía cada noche la llave en la boca, y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es diligencia. Quisieron mis hados (ó por mejor decir) mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener de tal manera y postura, que el aire y resollo que yo durmiendo echaba, salía por lo hueco de la llave que de cañuto era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amolo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiesto y sonido de la culebra, se llegó á mí con mucha quietud, por no ser

sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas donde yo estaba echado, al calor del mio se habia venido, levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darla tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me habia dado, según yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se habia llegado á mí dándome grandes voces, llamándome: procuró recordarme; mas como me tocábase las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que habia hecho, y con mucha prisa fué á buscar lumbre, y llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debia estar al tiempo que silbaba con ella. Espantado el matador de culebras, qué podria ser aquella llave, miróla sacándomela de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba: fué luego á probarla, y con ella probó el maleficio; debió de decir del cruel cazador: el raton y culebra que me daban guerra, y me comian mi hacienda he hallado. De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes, ninguna fé daré, porque los tuve en el vientre de la ballena: mas de como esto que he contado oí, despues que en mí torné, decir á mi amo, el cual á cuantos allí venian lo contaba por estenso. Al cabo de tres días yo torné en mi sentido, y vine echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada, y llena de aceites y unguentos, y espantado dije: ¿qué es esto? Respondióme el cruel sacerdote: A fé que los ratones y culebras que me destruian, ya los he cazado. Y miré por mí, y víme tan maltratado, que luego sospché mi mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba y los vecinos, y comiéndame á quitar trapos de la cabeza, y curar el garrotazo, y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho, y dijeron: Pues ha tornado en su acuerdo, placera á Dios no será nada, y allí tornaron de nuevo á contar mis cuitas, y á reír las, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar; y así de en poco en poco á los quince días me levanté, y estuve sin peligro, mas no sin hambre, y medio sano. Luego otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano, y sacóme la puerta afuera, y puesto en la calle, díjome: Lázaro, de hoy mas eres tuyo y no mio, busca amo, y véte con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor; no es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en su casa, y cierra la puerta.

ASIENTO DE LÁZARO CON UN ESCUDERO.

De esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes de conmigo en esta insignie ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, donde á quince días se me cerró la herida; y mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna; mas despues que estuve sano todos me decian: Tú, bellaco, gallico eres, busca, busca un amo á quien sirvas. ¿Y adónde se hallará ese, decía yo entre mí, si Dios ahora de nuevo (como crió el mundo) no le criase? Andando así discurrendo de puerta en puerta, con tanto poco remedio, topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás con orden; miróme, y yo á él, y díxome: ¿Muehacho, buscas amo? Yo le dixé: sí señor; pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo; alguna buena oracion rezaste hoy. Seguíle, dando gracias á Dios por lo que oí, y tambien que me parecia, según su hábito y continente, ser el que yo habia menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad.

Pasamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me querian cargar de lo que se vendía, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy atendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no lo ve aquí á su contento, decía yo, y querrá que lo compremos en otro cabo. De esta manera anduvimos hasta que dió las once: entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él; y muy devotamente le ví oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo; yo iba ya el mas alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer; bien consideré que debia ser hombre mi nuevo amo, que se proveía por junto, y que ya la comida estaria á punto y tal como yo la deseaba, y aun la habia menester. En este tiempo dió el reloj la una, despues de mediodía, y llegamos á una casa ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta, y entramos en casa, la cual tenia la entrada oscura y lóbrega, de tal manera que parecia que ponía temor á los que en ella entraban, aunque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudimos, y muy limpiamente, soplando un poquito que allí estaba, la puso en él; y hecho esto, sentóse cabe ella, preguntándome muy

por estenso de dónde era, y cómo habia venido á aquella ciudad. Yo le dí mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que de lo que me pedía: con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que me vino á la memoria, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecia no ser para en cámara. Esto hecho, estuve así un poco, y yo luego ví mala señal, por ser casi las dos y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Despues de esto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa; todo lo que habia visto eran paredes, sin ver en ella sileta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arca como el de marras; finalmente, ella parecia casa encantada. Estando así, díjome:—Tú, mozo, ¿has comido?—No señor, dixé yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.—Pues aunque de mañana yo habia almorzado, dice, y cuando así como algo hágote saber que hasta la noche me estoy así; por eso pásate como pudieres, que despues cenaremos. Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa; allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos: allí se me vino á la memoria la consideracion que hacia cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y misero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera, y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije:—Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios; de eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado de ella hasta hoy día de los amos que yo he tenido.—Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo mas, porque el hartarse es de los puercos, y el comer regaladamente es de los hombres de bien.—Bien te he entendido, dixé entre mí, maldita sea tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre. Púseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno que me habian quedado de los de por Dios. El que vió esto, díjome: Ven acá, mozo, ¿qué comes? Yo lleguéme á él y mostréle el pan, tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande; y díjome:—Por mi vida que parece este buen pan.—¿Y cómo ahora, dije yo, señor, es bueno?—Y á fé, dijo él; ¿adónde le hubiste?—Si es amasado de manos limpias?—No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor de ello.—Así plega á Dios, dixo el pobre de mi amo, y llevándolo á la boca comenzó á dar en él tan fieros bocados como yo en el otro.—Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios. Y como le sentí de qué pié cosqueaba, dime prisa, porque le ví en disposicion, si acababa antes que yo, se comedría á ayudarme á lo que me quedase, y con esto acabamos casi á una hora. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y desde que hubo bebido, convidóme con él.

Yo por hacer del continente, dije: señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entonces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche hablando en las cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondia lo que mejor supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: Mozo, pásate allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púseme de un cabo, y él de otro, y hicimos la negra cama, en la cual no habia mucho que hacer, porque ella tenia sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no parecia colchon, aunque servia de él, con harta menos lana que era menester: aquel tendimos haciendo cuenta de ablandarle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del exalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que puesto sobre el cañizo todas las cañas se señalaban, y parecian al propio entrecuesto de flaquísimo puerco, y sobre aquel hambriento colchon un alta mar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar. Hecha la cama, y la noche venida, díjome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho; tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean; pasemos como podamos, y mañana viniendo el día, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido: antes he comido estos días por allá fuera, mas ahora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mí (dije yo) ninguna pena tenga vuesa merced, que bien sé pasar una noche, y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho como comer poco. Si por esta via es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esta regla por fuerza; y aun espero en mi desdicha tenerla toda mi vida. Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus piés, lo qual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, por que las cañas y mis sentidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne. Y tambien como aquel día

no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenia amistad; maldijeme mil veces, Dios me lo perdone, y á mi ruin fortuna. Allí lo mas de la noche, y lo peor, no osándome revolver por no despertarle, pedía á Dios muchas veces la muerte. La mañana venida, levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer de espacio: echéle agua manos, peinóse y puso su espada en la talabarte; y al tiempo que la ponía, díjome: ¡Oh si supieses, mozo, que pieza es esta! no hay marco de oro en el mundo porque yo la diese: mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponerle los aceros tan prestos como esta los tiene; y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: Vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un poco de lana. Y yo dixé entre mí: yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter, y ciñóse la, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado, y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y á veces sobre el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á misa, y haz la cama, y ve por la vasija de agua al río que aquí abajo está, y cierra la puerta con la llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto pueda entrar. Y súbese por la calle arriba, con tan gentil semblante y continente que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al conde de Arcos, ó á lo menos camarero, que le daba de vestir. Bendito seas vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad, y poneis el remedio. ¿Quién encontraría aquel mi señor, que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y aunque ahora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos haceis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposicion, y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentil-hombre se pasó ayer todo el día con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de su seno, donde no se le podía pegar mucha limpieza? ¿Y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir del halda del sayo? Nadie por cierto la sospechará.

¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debeis tener por el mundo deramados, que padecen por la negra que llamaban honra, lo que pocos no sufrirían! Así estaba yo á la puerta mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alta y bajo, sin hacer represa, ni hallar en qué. Hago la negra y duro cama, y tomo el jarro, y doy conmigo en el río, donde en una hueria ví á mi amo en gran recuesta con dos rehozadas mugeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta, antes muchas tienen por estilo de irse á las mananicas del verano á refrescar y almorzar sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba en ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron de él que estaba bien enternecido, no se lo hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. El, sintiéndose tan frio de bolsa, cuanto caliente del estómago, tomóse tal calor frijo, que se robó la color del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner excusas no válidas. Ellas que debian ser bien astutas, como le sintieron la enfermedad, dejéronle para el que era. Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué: púseme á pensar qué haria, y parecióme esperar á mi amo hasta que el día demediase, y viniere, y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza desde que ví ser las dos, y que no venia, y que la hambre me aquejaba; cierro mi puerta, y pongo la llave donde mandó, y tórnome á mi menester, con baja y enferma voz, y inclinadas mis manos en los senos, y puesto Dios ante mis ojos, y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas, y casas mas grandes que me parecia; mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque este pueblo no fuese muy abundante, tan buena manía me dí, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenia otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mugeres, y dióme un pedazo de uña de vaca, con otras pocas de tripas cocidas. Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa, y puesta en el pozo, y él paseándose por el patio: como entré, vino para mí, pensó que me queria reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venia. Yo le dixé: señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que ví que que vuesa merced no venia, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis: mostréle el pan, y las tripas que en un cabo de la halda

traía, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: Pues esperádate he á comer, y de que vi que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedirlo por Dios, que no hurtarlo. Y así él me ayude, como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto segun lo poco que en este pueblo soy conocido; nunca á él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esta cuenta, ni yo de darla. Ahora pues, come, pecador, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido; debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pié, que á los que viven en ellas pogan la desdicha: esta debe ser sin duda una de ellas, mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mía. Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, y comencé á cenar, y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partía sus ojos de mis haldas, que á aquella sazón servían de plato.

Tanta lástima haya Dios de mí, como yo habia de él, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por ello pasado, y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidarle, mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba que el pecador ayudase á su trabajo del mio, y se desayunase, como el dia antes hizo, pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda, y menos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando, y llegóse á mí, díjome: Dígame, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre; y que nadie te lo ve hacer que no le pongas gana aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mia hermosa. Con todo parecióme ayudarle, pues se ayudaba, y me abria camino para ello, y díjole: señor, el buen aparejo hace buen artifice; este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá á quien no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? Si señor. Dígame que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que así me sepa. Pues pruebe, señor, y verá qué tal está. Póngole en las uñas la otra, y tres ó cuatro raciones de pan de lo mas blanco, asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos, mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almadrrote, decía, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. Por Dios que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije yo entre mí. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo habia traído, señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia sobrado á mi amo la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos á dormir, como la noche pasada; y por evitar prolijidad, de esta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado á paparr aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo. Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien habia yo de mantener. Con todo lo queria bien, con ver que no tenia ni podía mas, y antes le habia lástima que enemistad, y muchas veces por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal; porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto, yo por salir de sospecha, desenvolví el jubon y las calzas que á la cabecera dejé, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha con cien dobleces, y sin maldita la blanca, ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decía yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene, mas el avariento ciego y el malaventurado mezuino clérigo, que con dársele Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro delengua suelta, me mataban de hambre, aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla. Dios es testigo, que hoy dia, cuanto topo con alguno de su hábito, con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que aquel le ví sufrir, al cual con toda su pobreza holgaría servir mas que á los otros por lo que he dicho. Solo tenia de él un poco de descontento, que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que bajara un poco su fantasía, con lo mucho que subia su necesidad: mas segun me parece, es regla entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir. Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna que de perseguirme no era satisfecha, como en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, que el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron en ayuntamiento, que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregon, que el que allí adelante topase fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley desde á cuatro dias que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotados por las cuatro calles, lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio

de los moradores de ella, tanto, que nos acaeció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mugercillas hilanderas de algodón, que hacían botones, y vivían par de nosotros, con las cuales tuve yo vecindad y conocimiento, que de la laceria que les traían me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba, y yo no tenia tanta lástima de mí como de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió, á lo menos en casa bien lo estuvimos sin comer, no sé yo cómo ó dónde andaba, y qué comía.

Y verle venir á mediodia la calle abajo con estrirado cuerpo, mas largo que galgo de buena casta, y por lo que tocaba á su negra, que decían honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salíase á la puerta escarbando los que nada en re sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: Malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace, como ves, es lóbrega, triste, oscura; mientras aquí estuviéremos liemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir de ella. Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion, un dia, no sé por cuál dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con rostro muy alegre y risueño me lo dió, diciendo: Toma, Lázaro, que ya Dios va abriendo su mano, vé á la plaza, y merca pan, vino y carne; quebrems el ojo al diablo; y mas te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar mas de en cumpliendo el mes; maldita sea ella, y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas tal vista tiene, y tal oscuridad y tristeza, vé y ven presto, y comamos hoy como condes. Tomo mi real y el jarro, y á los piés dando priesa, comencé á subir una calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna que ningun gozo me venga sin zozobra. Y así fué este, porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que emplearía mi real, que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios que á mi amo habia hecho con dinero á deshora, me vino al encuentro un muerto que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían; arriméme á la pared por darles lugar, y dí que el cuerpo pasó, venia luego par del lecho una que debia ser su muger del difunto, cargada de luto, y con ellas otras muchas mugeres, la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo: Marido y señor mio, ¿adónde os llevan? ¿A la casa triste y desdichada? ¿A la casa lóbrega y oscura? ¿A la casa donde nunca comen ni beben? Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: oh desdichado de mí para mi casa llevan este muerto; dejo el camino que llevaba, y hendi por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el mas correr que pude para mi casa, y entrando en ella, cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome de él, que me venga á ayudar y defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: ¿Qué es eso, mozo? ¿qué voces das? ¿qué has? ¿por qué cierras la puerta con tal furia? Oh señor! díxe yo, acuda aqui, que nos traen acá un muerto. ¿Cómo así? respondió él. Aquí arriba le encontré, y venia diciendo su muger: marido y señor mio, ¿adónde os llevan? ¿A la casa lóbrega y oscura? ¿A la casa triste y desdichada? ¿A la casa donde nunca comen ni beben? Acá, señor, nos le traen. Y ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenia porque estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenia ya yo echada el aldaba á la puerta, y puesto el hombro en ella por mas defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habian de meter en casa; y desde fué ya mas harto de reir que de comer el bueno de mi amo, díjome: Verdad es, Lázaro, segun la viuda lo va diciendo; tú tuviste razon en pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor, y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer. Déjelos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin, vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela, esforzándome, que bien era menester segun el miedo y alteracion, y tornóme á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color, y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion. De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales de ella tenia.

Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba, porque un dia que habiamos comido razonablemente, y estaba algo contento, me contó su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decís y tenia mas que vos, no errábades en quitárselo primero, pues decís que él tambien os lo quitaba. Si es, y sí tiene, y tambien me lo quitaba él á mí, mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna, y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirará, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas.

Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien; pues hágote saber que yo soy (como ves) un escudero: mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay, ántes que llegue á mí, por no quitárselo, que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdomme que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que topaba me decia: Mantenga Dios á vuestra merced. Vos, don villano ruin, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? Manténgaos Dios, me habéis de decir como si fuese quien quiera. De allí adelante, de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. ¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios? Mira, mucho de enhoramala, dijo él, á los hombres de poco arte dicen eso, mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de, beso las manos de vuestra merced, ó por lo menos, bésos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así, aquel de mi tierra, que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise sufrir, ni sufriria, ni sufriré á hombre del mundo, del rey abajo, que manténgaos Dios, me diga. Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerse, pues no sufre que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre, que no tengo en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pié bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedís, segun se podrían hacer grandes y buenas; y tengo un palomar, que á no estar derribado como está, daria cada año mas de doscientos palominos, y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra, y vine á esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; mas es gente tan limitada, que no los sacaré de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan, mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla, y si no andad con Dios, os dicen, y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas, comido por servido, ya cuando quieren formar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara, en un sadado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria, pues por ventura no hay en mí habilidad para servir y contentar á estos. Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mi servicios le hiciese, porque sabría meurtirle tan bien como oro, y agradecerle á las mil maravillas; se reirian mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decirle cosa con que le pesase, aunque mucho le cumplierse; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir donde él lo oyese con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba: si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado: decirle bien de lo que bien le estoviese; y por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar á los de casa, y á los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad de que yo usaria; mas no quiere mi ventura que halle con quien lo pueda hacer.

De esta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja: el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama: hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara; pienso que fueron doce ó trece reales; y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen; mas su salida fué sin vuelta. Por manera, que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde; yo le dije que aun no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuime á las vecinas, y contélas el caso, y allí dormí. Venida la mañana los acreedores vuelven, y preguntan por el vecino, mas á esotra puerta. Las mugeres responden: veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabia á donde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa desde que salió á trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se habia ido con el trueco. De que esto me oyeron van por un alguacil y un escribano, y helos donde vuelven luego con ellos, y toman la llave, y llámanme, y llaman testigos, y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembrasada como he contado, y dicenme: ¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcos y paños de pared, y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe dónde está esto. En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubon, diciendo: Muchacho, tú eres preso si no descubres los bienes de este tu amo. Yo como en otra tal no me hubiese vis-

to, porque asido del collar habia sido muchas veces, mas era mansamente de él trabado, para que mostrase el camino al que no veia, yo hube mucho miedo, y llorando prometí de decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos, pues di lo que sabes, y no hayas temor. Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome ¿qué tenia? Señores, díxe yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dijo, es un muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos, por poco que eso valga hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso, me preguntaron? En su tierra, les respondí yo. Por Dios que está bueno el negocio, dijeron ellos. ¿Y adónde es su tierra? De Castilla la Vieja me dijo él que era, les dije. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: Bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dixeron: Señores, este es un niño inocente, y ha pocos dias que está con este escudero, y no sabe de él mas que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcillo se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos, por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él. Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y escribano piden al hombre y á la muger sus derechos, sobre lo qual tuvieron gran contienda y ruido, porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no habia de qué, ni se hacia el embargo. Los otros decian que habian dejado de ir á otro negocio que les importaba mas por venir á aquel. Finalmente, despues de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y allá van todos cinco dando voces, no sé en qué paró. Así como he contado me dejó mi pobre tercero amo, donde acabé de conocer mi ruin dicha, pues señalándose todo lo que podia contra mí, hacia mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

LÁZARO ASIENTA CON UN CAPELLAN Y UN ALGUACIL, Y DESPUES TOMA MANERA DE VIVIR.

Despues de esto asenté con un maestro de pintar panderos, para molerles las colores, y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuolo, entraron un dia en la iglesia mayor, un capellan de ella me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad. Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida: daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás entre semana de los treinta maravedís. Fuéme tan bien el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustán viejo, y un sayo raído de manga trenzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Desde que me ví en hábito de hombre de bien, dije á mi amo que se tomase su asno que no queria mas seguir aquel oficio.

Despedido del capellan, asenté con un alguacil; mas muy poco viví con él por parecerme oficio peligroso: mayormente que una noche nos corrieron á pedradas y á palos unos retraídos, y á mi amo que esperó, trataron mal, mas á mí no me alcanzaron, con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haria mi asiento por ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa, y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados, fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, en el cual el dia de hoy yo vivo, y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas; acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Hame sucedido tan bien que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano, tanto, que en toda la ciudad, el que ha de echar vino á vender, ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho. En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mí que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella, y hasta ahora no estoy arrepentido, porque allende de ser buena hija, y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda; y siempre en el año le da en veces al pié de una carga de trigo; por las Pascuas su carne, y cuándo el par de los bodigos, las calzas viejas que deja, y hizonos alquilar una casilla par de la suya; los domingos y fiestas casi todas las comiamos en su casa; mas malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué, y sí sé qué, porque ven á mi muger irle á hacer la cama, y guisarle de comer, y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque allende de no ser ella muger que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá; que él me habló un dia muy largo delante de ella, y me dijo: Lázaro de Tormes, quien mirare á dichos de malas lenguas, nunca medrará; digo esto, porque no me maravillaria que alguno

murmurase, viendo entrar en mi casa á tu muger: ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo á tu provecho. Señor, le dije, yo determiné de arrimarme á los buenos; verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso, y aun por mas de tres veces me han certificado, que antes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia de vuesa merced, por estar ella delante. Entonces mi muger echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros; y despues tomóse á llorar y echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado, en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca; mas yo de un cabo, y mi señor de otro, tanto la dijimos, que cesó su llanto con juramento que la hice de nunca mas en mi vida mentarla nada de aquello, y que yo holgaba, y habia por bien de que ella entrase y saliese de noche y de día, pues estaba bien

seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes, hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes cuando alguno siento que me quiere decir algo de ella, le atajo, y le digo; mirad, si sois mi amigo, no me digais cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi muger, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y mas bien que yo merezco, que yo juraré que es buena muger, como vive dentro de las puertas de Toledo; y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. De esta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa. Esto fué el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró, y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuesa merced habrá oido. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad, y en la cumbre de toda buena fortuna.

FIN.

